



CHARLES C. RYRIE

EQUILIBRIO
en la
VIDA
CRISTIANA

UNA GUÍA BÍBLICA PARA EL
CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Incluye guía de estudio

EQUILIBRIO
en la
VIDA
CRISTIANA

EQUILIBRIO
en la
VIDA
CRISTIANA

UNA GUÍA BÍBLICA PARA EL
CRECIMIENTO ESPIRITUAL

CHARLES C. RYRIE



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Balancing the Christian Life* de Charles C. Ryrie. Publicado por Moody Press y © 1969 y 1994 por Moody Bible Institute, Chicago, Illinois.

Edición en castellano: *Equilibrio en la vida cristiana*, © 1974 y 1996 por Moody Bible Institute y publicado con permiso por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc. Revisada y aumentada con guía de estudio 1996. Todos los derechos reservados.

Traducción: José Flores Espinosa y
R. Mercedes De la Rosa

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, MI 49505

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-6036-4

1 2 3 4 5 edición /año 30 29 28 27 26

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

Primera parte—Algunos conceptos bíblicos

1. Una proposición / 9
2. ¿Qué es la espiritualidad? / 12
3. ¿Qué es el hombre? / 25
4. Lo viejo y lo nuevo / 37
5. Unidos con Cristo / 53

Segunda parte—Ciertas responsabilidades personales

6. ¿Cómo somos santificados? / 65
7. Dedicación / 80
8. El dinero y el amor a Dios / 90
9. El uso de sus dones / 102
10. Fidelidad rutinaria / 111

Tercera parte—Algunos problemas prácticos

11. ¿Cómo puedo saber si soy lleno del Espíritu? / 120
12. Las asechanzas del Diablo / 133
13. Tentación / 146
14. Confesión y perdón / 157
15. Lo legal y lo legalista / 166
16. ¿Debo tratar de hablar en lenguas? / 179
17. ¿Tiene Cristo que ser Señor para ser Salvador? / 185
18. La vida cristiana equilibrada / 199

Guía de estudio / 209

Primera parte

Algunos conceptos bíblicos

1

Una proposición

La propuesta básica o, si quiere, la tesis del presente libro es la siguiente: espiritualidad genuina y saludable como meta de toda vida cristiana.

Es posible que la misma sencillez de tal proposición defraude o, al menos, no logre causar la impresión debida en quien la lea, de manera que conviene que examinemos sus palabras clave.

Por *genuina* yo quiero decir bíblica porque sólo en la Biblia tenemos la verdad de confianza sin disputa alguna. Esta es la razón de que la Biblia sea la guía y la comprobación de todas nuestras experiencias en la vida espiritual, toda vez que la espiritualidad bíblica es la única espiritualidad genuina. La importancia práctica de esto es sencillamente que la vida espiritual con todas sus experiencias tiene que comprobarse con la verdad bíblica, y cualquier experiencia, por real que parezca, que no resista dicha prueba deba descartarse. Desde luego, es más fácil decirlo que hacerlo, pero este es el único camino que nos lleva a la espiritualidad genuina o bíblica.

Una segunda palabra clave de la propuesta original es la palabra *saludable*. Por ello quiero decir equilibrado. No hay nada más devastador para la práctica de la vida espiritual que un desequilibrio. Uno de mis profesores de años atrás nos recordaba siempre que el desequilibrio en teología era equivalente a demencia doctrinal. Lo

10 • Equilibrio en la vida cristiana

mismo puede aplicarse al campo del vivir cristiano. Una aplicación desequilibrada de las doctrinas relacionadas con la espiritualidad bíblica dará como resultado una vida cristiana desequilibrada. Demasiado énfasis en lo místico, puede oscurecer la práctica de la vida espiritual, mientras que un énfasis exagerado en la práctica puede motivar una falta de visión. La constante reiteración de que es necesario el repetir las rededicaciones puede llevar a una vida cristiana estancada, sin crecimiento firme y substancial. Y el enfatizar desmedidamente la confesión puede producir una introspección no saludable, al tiempo que una falta de énfasis de la misma puede dar lugar a que uno sea insensible al pecado. El equilibrio es la clave de una vida espiritual sana.

Si este libro va a tratar de la espiritualidad, es necesario de entrada considerar algunos de los rasgos generales de la palabra *espiritual*. La palabra, desde luego, tiene su raíz en el término *espíritu* y de consiguiente significa «perteneciente al espíritu». En la práctica tiene una gran variedad de empleos, todos ellos consistentes con la idea básica de pertenecer al espíritu. 1) En un caso (Ef. 6:12) se emplea la palabra *espiritual* con referencia a las huestes demoníacas que, en calidad de seres espirituales, son distintos de los seres humanos. 2) En otro caso se considera a la ley mosaica como de carácter espiritual (Ro. 7:14). Esta referencia indica que la ley tenía como objetivo el desarrollo de la vida espiritual de los israelitas para quienes había sido dada. 3) El futuro cuerpo resucitado del creyente se considera como cuerpo espiritual en contraste con el cuerpo natural que lleva hasta su muerte (1 Co. 15:44). En este respecto el uso de la palabra impide definirla solamente en términos de lo incorpóreo. El cuerpo espiritual, como el del Señor después de su resurrección, tiene carne y huesos, pero de una calidad nueva y diferente de resurrección (Lc. 24:39).

Además, 4) un variado cuadro de actividades y de relaciones del creyente se llaman espirituales. Su ministerio se verifica en el ejercicio de los dones espirituales que son otorgados por el Espíritu Santo (Ro. 1:11; 1 Co. 12:1; 14:1). La unidad de todos los cristianos como piedras del edificio se denomina, según San Pedro, casa espiritual y él mismo dice que el creyente tiene que ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios (1 P. 2:5). El mantenimiento de los hijos de Israel se llamó carne y bebida espirituales, en tanto que a Cristo se le designa como la Roca espiritual que los seguía (1 Co. 10:3, 4). El cristiano expresa su

alabanza con cánticos, himnos y canciones espirituales (Col. 3:16). Su mente ha de ser llena de sabiduría espiritual (Col. 1:9), en tanto que su colocación en los lugares celestiales incluye el haber sido bendecido con toda bendición espiritual (Ef. 1:3).

No obstante, el uso distintivo 5) en el Nuevo Testamento de la palabra *espiritual* está relacionada con el crecimiento y madurez del creyente en la vida cristiana. El hombre espiritual tiene que ser, ante todo, el que haya experimentado la obra regeneradora del Espíritu Santo en sí mismo, dándole la nueva vida en Cristo. El apóstol Pablo contrasta al hombre espiritual con el hombre natural (1 Co. 2:14, 15) quien, no teniendo el Espíritu Santo, es un individuo aparentemente no regenerado (cp. Jud. 19). Pero la espiritualidad encierra algo más que la regeneración y el propósito de este libro es discutir estos asuntos. Esto de necesidad requiere el estudio de ciertas doctrinas de la Biblia. Sin esta base nuestras conclusiones podrían no llevarnos a una genuina espiritualidad. También requerirá la consideración de ciertas responsabilidades individuales y problemas prácticos en la aplicación de la verdad bíblica a la vida de modo equilibrado. Además, nos será útil considerar algunos de los falsos énfasis de la actualidad para que podamos evitar los mismos peligros y sacar a la luz de modo claro la verdad. Todos estos asuntos nos deben dar una perspectiva adecuada de la espiritualidad bíblica.

Ni que decir tiene que semejante tema, al menos me lo parece a mí, requiere de modo especial la enseñanza del mismo Espíritu Santo, si es que hemos de aprenderlo con fruto. Este es un terreno en que puede ilustrarse la necesidad de un equilibrio justo. Algunos llegan a pensar que la enseñanza que recibimos del Espíritu Santo elimina la necesidad de estudiar, mientras que otros caen en el lado opuesto de que el mucho estudio elimina la necesidad del Espíritu Santo. El ministerio del Espíritu Santo en la enseñanza de la verdad de Dios es indispensable. Pero las Escrituras que hablan de él (Jn. 16:13; 1 Co. 2:12) no nos dicen que este ministerio sea siempre directo. De hecho, no se nos dice cuáles son los medios que el Espíritu Santo emplea para enseñarnos. Puede ser directamente, cuando uno medita silenciosamente en un pasaje, pero también puede ser por canales intermedios. Algunos de estos canales son libros escritos por hombres, los hombres dados a la Iglesia, concordancias e incluso diccionarios bíblicos. A fin de cuentas, el Espíritu es quien nos enseña, ya emplee la vía intermedia o no. Naturalmente tiene que hacerlo si hemos de comprender la verdad.

2

¿Qué es la espiritualidad?

Aunque parezca raro, el concepto de espiritualidad, que es tema de mucha predicación, escritura y discusión, pocas veces se define. Por lo general, lo que pareciera algo así como definición, solamente toca las características de la espiritualidad, así que uno busca en vano una definición concisa del concepto mismo. Lo que pasa es que el concepto incluye varios factores y no es fácil entrelazarlos para una definición equilibrada. Además, el único versículo de la Biblia que se acerca a una definición es de difícil interpretación: «el espiritual juzga todas las cosas» (1 Co. 2:15). Por eso se evita. Pero es necesario formular una definición, porque constituye la piedra del ángulo que determina el modelo de todo el edificio.

El concepto de espiritualidad

La verdadera espiritualidad requiere tres factores. El primero ya lo hemos mencionado: la regeneración. Nadie puede ser espiritual en el sentido bíblico sin haber experimentado primeramente la vida nueva que se otorga libremente a todo aquel que cree en el Señor Jesucristo como Salvador personal. La espiritualidad sin la regeneración es reforma tan sólo.

En segundo lugar, el Espíritu Santo está implicado

preeminente en la producción de espiritualidad. Esto no quiere decir que las dos personas restantes de la Trinidad no tomen parte en ella, ni que el cristiano mismo deje de tener responsabilidad, ni tampoco que no haya otros medios de gracia, pero sí afirma su mayor papel en la espiritualidad. Los ministerios del Espíritu incluyen la enseñanza (Jn. 16:12–15), la dirección (Ro. 8:14), la seguridad (Ro. 8:16), la oración (Ro. 8:26), el ejercicio de los dones espirituales (1 Co. 12:7) y el luchar contra la carne (Gá. 5:17). Todos ellos dependen para su plena manifestación de la plenitud o de ser llenos del Espíritu (Ef. 5:18).

El ser lleno del Espíritu significa ser controlado por el Espíritu. La clave de esta definición se encuentra en Efesios 5:18, donde hay contraste y comparación entre la borrachera y el ser llenos del Espíritu. Es la comparación la que nos da la clave, porque de la misma manera que la persona borracha se siente controlada por el licor que consume, así la persona llena del Espíritu se siente controlada por el mismo Espíritu. En consecuencia, actuará de forma no natural para él, no de una manera errática o anormal, sino una que es contraria a la vida antigua que llevaba. El ser controlado por el Espíritu es parte necesaria de la espiritualidad.

El tercer factor que se requiere en la espiritualidad es el tiempo. Si la persona espiritual juzga o examina o discierne todas las cosas (1 Co. 2:15), ello requiere tiempo, para obtener conocimiento y adquirir experiencia para juzgar todas las cosas. Esto no puede realizarse de la noche a la mañana, sino que se aplica, en realidad, al cristiano ya maduro.

Esa palabra *madurez* parece poseer la clave del concepto de espiritualidad, porque la madurez cristiana es el crecimiento que el Espíritu Santo produce durante un período de tiempo en el creyente. Claro que no se requiere el mismo período de tiempo para cada individuo, pero sí se requiere cierto tiempo para todos. No es el tiempo en sí el que produce la madurez; más bien el progreso que se realiza y el crecimiento conseguido son vitales. La velocidad multiplicada por el tiempo nos da la distancia, de manera que la distancia hasta la madurez se puede cubrir en un tiempo más corto si se acelera la rapidez del crecimiento. Y se acelera cuando no se retiene nada para sí del control que debe ejercer el Espíritu Santo.

Aquí tenemos propuesta una definición de la espiritualidad que trata de ser concisa y al mismo tiempo tener en mente los factores

antes discutidos. La espiritualidad es una relación adulta al Espíritu Santo. Aunque pueda ser esta sencillamente otra manera de decir que la espiritualidad es la madurez cristiana, trata de delinear más claramente los factores del control del Espíritu durante un período de tiempo. Desde luego, la definición satisface lo que requiere la descripción del hombre espiritual que encontramos en 1 Corintios 2:15, porque quien experimente una relación adulta al Espíritu Santo podrá juzgar todas las cosas y al propio tiempo no ser juzgado por otros.

Si esta es una definición correcta, hay ciertas ramificaciones de la misma que debemos considerar.

~~~~~

*El control del Espíritu puede ser total en la vida del nuevo cristiano, en tanto se da cuenta de que tiene esa vida en su nuevo estado, pero a medida que aumenta su conocimiento y progresan su crecimiento, aparecen nuevos cuadros de la vida que debe también ceder a la dirección de Dios de modo consciente.*

~~~~~

1. *Al nuevo cristiano no se le puede llamar espiritual*, sencillamente porque no ha tenido tiempo suficiente para crecer y desarrollar en el conocimiento y la experiencia cristiana. El nuevo creyente puede ser controlado por el Espíritu, pero el terreno del control está sujeto a la expansión en el proceso normal del crecimiento cristiano. Un cristiano joven no ha sido todavía probado en muchos aspectos de la gama general de la conducta cristiana, por ejemplo, y aunque deseé que el Espíritu Santo controle su vida y sus acciones completamente, no ha ganado la experiencia y madurez que sólo se obtienen al enfrentarse con esos problemas y haber hecho decisiones por el control del Espíritu Santo respecto de los mismos. Al principio de ser salvo, puede incluso no saber que existe tal persona como es el hermano débil, y aunque no se resista a restringir su libertad por amor a ese hermano débil, todavía no se ha enfrentado con la necesidad de hacerlo, y no digamos nada de llevar a otros a tomar firmes decisiones en casos tales. El control del Espíritu puede ser total en la vida del nuevo cristiano, en tanto se da cuenta de que tiene esa vida en su nuevo estado,

pero a medida que aumenta su conocimiento y progresan su crecimiento, aparecen nuevos cuadros de la vida que debe también ceder a la dirección de Dios de modo consciente. Para una espiritualidad genuina se necesita tiempo para ganar madurez.

2. *Un cristiano de más años puede no ser espiritual*, no porque le haya faltado el tiempo para ello, sino porque durante los años de su vida cristiana no ha dejado que el Espíritu Santo le controle. De la misma manera que el cristiano joven puede carecer de tiempo para convertirse en espiritual, así el creyente de más años puede faltar en su entrega al Espíritu. Y sin un control completo y continuo del Espíritu, no puede llegar a ser espiritual. Esto, desde luego, fue la preocupación del escritor de la epístola a los Hebreos, porque sus lectores se encontraban en esa exacta condición.

3. *Un cristiano puede retroceder en ciertos aspectos de su vida*, sin perder el terreno que ha ganado durante su vida cristiana. La carne puede controlar sus acciones durante el período de retroceso, pero cuando vuelve al Señor no tiene que empezar necesariamente el proceso de crecimiento otra vez. Por ejemplo, un creyente puede retroceder con respecto a su estudio personal de la Biblia, pero cuando vuelve a él no habrá olvidado todo lo que aprendió antes. Sin embargo, este principio no se aplica a todos los aspectos de la vida, porque hay algunos, como el de la fidelidad en el matrimonio, que si se violan no pueden ser nunca redimidos. El pecado puede ser perdonado, la comunión restaurada, pero el terreno perdido no puede ser recuperado.

4. *Hay grados de crecimiento dentro del campo de la madurez*. La mejor ilustración es la del ser humano quien, aun siendo adulto, continúa creciendo, desarrollándose y madurando. El hombre espiritual que está experimentando una relación adulta con el Espíritu Santo no se encuentra estancado en su vida cristiana, porque también tiene una relación creciente en su caminar con el Señor. En esta vida nunca llegamos a una altura desde la que no hay más terreno que ganar. La espiritualidad, pues, es una relación creciente y adulta con el Espíritu Santo.

5. *El estado de niñez no tiene por qué durar mucho*. Que nadie intente refugiarse en una especie de piedad fraudulenta que desmerezca o ignore el proceso de crecimiento que le ha promovido hasta un grado de madurez que se niega a reconocer. La falta de humildad es a veces la razón por la que no se reconoce la madurez que ya se ha alcanzado. Después de todo, cuando Pablo escribió la

primera carta a los corintios, aquellos creyentes tenían cuatro o cinco años en la fe y él esperaba que ya fuesen espirituales. Deja sentado bien claro que aun cuando él estuvo con ellos no pudo hablarles como a espirituales (porque eran niños en Cristo), esperaba que para el tiempo en que les escribió esta carta ya habrían madurado hasta el punto que podría dirigirse a ellos como a espirituales (1 Co. 3:1, 2). En el transcurso de unos pocos años debe desaparecer el estado de niñez espiritual.

Características de la espiritualidad

La espiritualidad se caracteriza más fácilmente que se define. Y las características bíblicas de la espiritualidad nos proveen de pruebas concretas por las que determinar si se es o no espiritual. ¡A decir verdad, son demasiado específicas para consolarnos! ¿Cómo podemos saber si somos espirituales? Veamos las pruebas.

La espiritualidad es evidente en el creyente

En su carácter. Si la espiritualidad implica el control del Espíritu (Ef. 5:18), y si el Espíritu ha venido a glorificar a Cristo (Jn. 16:14), entonces la persona espiritual manifestará a Cristo en su carácter y en sus acciones. El glorificar es mostrar, desplegar o manifestar. La evidencia de que el Espíritu Santo controla una vida no se encuentra en las manifestaciones del Espíritu sino en la presentación de Cristo. El fruto del Espíritu (Gá. 5:22, 23) es una descripción perfecta del carácter de Cristo; así que el cristiano que es espiritual mostrará amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. Estos son los rasgos que describirán su carácter.

~~~~~

*La evidencia de que el Espíritu Santo controla una vida no se encuentra en las manifestaciones del Espíritu sino en la presentación de Cristo.*

~~~~~

En su conducta el creyente espiritual imitará a Cristo. Uno de los énfasis equivocados de la enseñanza de la vida victoriosa hoy consiste en rebajar este aspecto de la verdad. Se nos dice que no imitemos a Cristo porque esto implica un esfuerzo que es obra de la carne; más bien, deberíamos sencillamente dejar que Cristo viva su vida en nosotros. La verdad es que no necesitamos inclinarnos

por una de estas dos opiniones, porque ambas son escriturales. Cristo vive en mí, y la vida que ahora vivo la vivo por fe en el Hijo de Dios (Gá. 2:20), pero también se me exhorta que «sigue sus pisadas» (1 P. 2:21) y a andar como él anduve (1 Jn. 2:6). Obviamente si se deja al Espíritu Santo producir el carácter de Cristo en un individuo, la vida que viva imitará a Cristo. Uno de los estudios más provechosos de los Evangelios consiste en tomar nota de los detalles de la vida del Señor que nosotros, como seguidores suyos, haríamos bien en imitar. He aquí algunas sugerencias.

En su ministerio y vida pública el Señor mostraba siempre compasión (Mt. 9:36; 14:14; 15:32; 20:34; Mr. 6:34; 8:2; Lc. 7:13). Siempre se veía su amor por la gente (Mr. 10:21; Lc. 19:41). Constantemente ofrecía ayudar a otros antes de que se lo pidieran (Mr. 8:7; 12:15; Lc. 13:12, 13; Jn. 5:6), sirviéndolos tanto en sus necesidades físicas como espirituales (Jn. 6). Buscaba a la gente para poderles llevar el mensaje de Dios (Mt. 4:18; 9:35; 15:10; Mr. 4:1; 6:2; Lc. 4:14), y su ministerio bendecía los corazones de los oyentes (Lc. 24:32).

El secreto de tal ministerio público se encuentra en su vida personal, porque nuestro Señor conoció y empleó la Palabra de Dios (Mt. 4), y constantemente mantenía comunión con su Padre celestial por medio de la oración (Mt. 14:23; Mr. 1:35; Lc. 5:16; 6:12; 9:18 y 29; 11:1). Estos son algunos detalles del modelo que el cristiano debería seguir para moldear su vida de forma que la gloria de Dios resplandezca en ella. El cristiano espiritual tiene un carácter semejante al de Cristo y lo muestra en su conducta cristiana.

En su conocimiento. El alimento sólido de la Palabra de Dios es para los cristianos maduros (He. 5:14), y Pablo esperaba que los corintios, después de cuatro o cinco años de experiencia cristiana pudieran entender el alimento sólido de la Palabra. La leche de la Palabra es para los bebés de Cristo, y Pablo no regañaba a los corintios por tomar leche cuando eran recién convertidos. Pero cuando su comida continuaba siendo leche sola, hizo como el escritor de la carta a los hebreos, que les denunció como cristianos defectuosos. ¿Qué es la verdad que es alimento sólido? Desde luego, la Biblia no señala pasajes como de leche o de alimento sólido, de modo que no es siempre fácil contestar esa pregunta. Sin embargo, hay un tema que se califica de modo claro como alimento sólido y es el asunto que hizo pensar al escritor de hebreos en la incapacidad

de sus lectores de comprender lo que estaba escribiendo. Ese tema es la verdad sobre Melquisedec y su sacerdocio (He. 5:10–11). Tenemos aquí un ejemplo de la Biblia misma sobre el alimento sólido de la Palabra, y bien puede emplearse como prueba de la espiritualidad de una persona. ¿Cuánto sabe usted acerca de Melquisedec? O ¿sabe usted ahora más de él de lo que sabía hace un año? Admitimos que no es una doctrina fácil, pero es una doctrina de prueba para determinar el estado de adelanto de un cristiano en el conocimiento de la Palabra de Dios que es característica esencial de la espiritualidad genuina.

En sus actitudes. El cristiano espiritual mostrará al menos dos actitudes básicas por toda la vida. La primera es la actitud de agradecimiento. «Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef. 5:20). Esta advertencia viene después del mandato de ser llenos del Espíritu (v. 18) y por lo tanto es una de las características de la vida llena del Espíritu Santo. Ha de ser una actitud del creyente que abarque todo. Se refiere a todo tiempo («siempre») y a toda situación («por todo»). No se excluye ninguna circunstancia ni tiempo. Significa que el murmurar o refunfuñar, la crítica, el descontento, etc., no caracterizan al cristiano espiritual. Esto no significa que no puede estar alguna vez descontento del ejercicio propio de la ambición cristiana ni que jamás debiera criticar en el sentido de ejercer buen juicio (Fil. 1:9, 10). Pero esa actitud que censura a Dios por lo que no nos gusta o que se siente enfadado por sus tratos con nosotros no es característica de una espiritualidad genuina.

La otra actitud de la vida que caracteriza al cristiano espiritual es, en palabras de Pablo, «solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Ef. 4:3). Eso no es enteramente un asunto de posición, es decir, no se relaciona únicamente con la unidad dentro del cuerpo de Cristo que el Espíritu Santo ha realizado bautizando a cada creyente en ese cuerpo (1 Co. 12:13). Es verdad que nosotros no pudiéramos nunca hacer esa unidad, pero se nos exhorta que nos esforcemos en mantenerla. El mismo hecho de que se emplea la palabra *guardar* muestra que la unidad ha sido ya hecha por el Espíritu. Pero el hecho de que también se nos exhorta muestra que no debemos romper esa unidad. Desde luego, no hay problema en mantener la unidad con los miembros del cuerpo de Cristo que ya han muerto; ni tampoco hay dificultad en mantener la unidad con otros cristianos que no conozco o con quienes no

tengo contacto. Por tanto, la única esfera en la que tiene importancia tal exhortación es en el grupo de creyentes con quienes yo tengo contacto. Ni que decir tiene, hay muchos problemas prácticos en tratar de guardar la unidad del Espíritu entre los creyentes que yo conozco, ¡y lo mismo les pasa a los creyentes que me conocen a mí! Pero, por difícil que sea, es un requisito de la espiritualidad.

Es verdad que nosotros no pudiéramos nunca hacer esa unidad, pero se nos exhorta que nos esforcemos en mantenerla.

Fue la falta de esta actitud lo que motivó fuerte denuncia de Pablo contra los corintios (1 Co. 3:1-7; cp. 1:12, 13). Se había producido la desunión entre aquellos creyentes que debían adorar juntos. En verdad, se habían formado cuatro partidos en Corinto (1:12). El «partido de Pablo» era quizás un grupo muy numeroso en la iglesia que habían sido convertidos bajo el ministerio de Pablo y continuaban fieles a él. Como ocurre con frecuencia, parecían inclinados a ser más paulinos que Pablo y dispuestos a desacreditar a los otros hombres dotados, lo que daba como resultado el menoscabo de la gloria de Cristo. El «partido de Apolos» (Hch. 18:24-28) contenía también algunos convertidos personales, además de aquellos que habían sido ganados por la manera genial de Apolos y su predicación elocuente. Algunos podrían seguirle porque consideraban que su enseñanza era más avanzada que la predicación sencilla del Evangelio que hacía Pablo, o fueron atraídos por sus formas más cultas. El «partido de Pedro» seguramente se componía de los creyentes judíos conservadores que se agrupaban alrededor del héroe de Pentecostés. El «partido de Cristo» era quizás el más difícil de encajar porque el grupo se enorgullecía de componerse de los seguidores del Maestro y no de ser discípulos de meros hombres. Eran gnósticos antes del gnosticismo, y sin duda se inflaban por su supuesta superioridad espiritual ante todos. Esta es la clase de situación, de actitud y de actividad que Pablo no vaciló en clasificar como «carnal» (1 Co. 3:3) porque rompía la unidad del Espíritu.

Sin embargo, la unidad es un campo en el que hay que pensar con cuidadoso equilibrio, porque no está equivocada toda división

que se produzca, y todas las uniones que se efectúen no son de sí rectas. En la misma carta (11:19) Pablo dice: «Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados».

El nombre *hereje* («que causa divisiones») se emplea sólo una vez en el Nuevo Testamento (Tit. 3:10), pero el nombre *herejías* aparece tres veces (aquí, en 2 P. 2:1 y en Gá. 5:20, donde la acción se condena como obra de la carne). La palabra significa una elección voluntaria para sí mismo que da como resultado una división en partidos. A pesar de que la herejía es una obra de la carne que lleva a cabo un cristiano carnal con frecuencia, puede utilizarse para bien, de manera que los que no se vean envueltos en la herejía se distingan en las iglesias. La herejía, sin embargo, parece significar abogar por el error, lo que a su vez provoca la división. En tales casos el hereje debe ser amonestado dos veces y luego desechado (Tit. 3:10), mientras que la parte del grupo dividido que no siguió el error sigue demostrando su pureza de doctrina, abundando en la obra del Señor. Así por equilibrar 1 Corintios 3:1–5 con 11:19 podemos decir que las divisiones que tienen que ver con la herejía pueden ser buenas y necesarias, pero que las divisiones sobre personalidades son carnales.

Por otro lado, algunos aspectos de la unidad necesitan ser considerados con detenimiento. En primer término conviene decir que la unidad no implica necesariamente cosa grande. No parece que se rompiera la unidad de la iglesia cuando los discípulos fueron esparcidos por causa de la persecución (Hch. 11:19). La unidad existía entre la iglesia de Jerusalén y la iglesia de Antioquía, aunque estaban separadas geográficamente (Hch. 11:22, 23). La unidad se mostró en muchas iglesias que participaron en la colecta a favor de los santos de Judea (2 Co. 8:1ss).

~~~~~

*Las diferencias honestas de opinión pueden expresarse dentro de los límites de la unidad del cuerpo de Cristo.*

~~~~~

La unidad de la única iglesia en cualquier ciudad de los tiempos del Nuevo Testamento no se violaba por el hecho de que había varias iglesias reuniéndose en casas particulares esparcidas por la

ciudad. En verdad, uno recibe la impresión del Nuevo Testamento de que el Señor prefería tener muchas congregaciones pequeñas más bien que un grupo grande en una ciudad determinada. Y no parecía que careciesen de poder como resultado de no ser grandes.

Además, la expresión de preferencias personales o el uso de varios procedimientos no viola necesariamente la unidad de la iglesia. A decir verdad, es en el uso de una variedad de dones espirituales que se mantiene la unidad de la iglesia y se efectúa el progreso del cuerpo (1 Co. 12:12-25). Pablo pudo haber preferido a Silas y Bernabé a Marcos (Hch. 15:39, 40), pero más tarde Pablo reconoció el valor de Marcos para el ministerio (2 Ti. 4:11). Las diferencias honestas de opinión pueden expresarse dentro de los límites de la unidad del cuerpo de Cristo.

Las dos actitudes básicas de la vida que deben caracterizar la espiritualidad bíblica genuina son el agradecimiento en todo tiempo y circunstancia y el mantenimiento de la unidad en aquella parte del cuerpo de Cristo con la que uno vive y por la que está interesado, con todas sus implicaciones.

En su conducta. La espiritualidad también se demuestra en el individuo por una conducta apropiada que es resultado del uso correcto, juicioso y maduro del conocimiento (He. 5:13, 14). Ya hemos observado que el conocimiento de la Palabra, incluso la verdad que es alimento sólido, es requisito previo para la espiritualidad, pero tal conocimiento debe usarse debidamente si se quiere ser espiritual. Los lectores de la Epístola a los Hebreos eran inexpertos en la palabra de justicia (5:13), es decir, la palabra referente a la rectitud de doctrina y de práctica. Por lo tanto, eran incapaces de discernir entre el bien y el mal (v. 14). Esto no debe limitarse a cosas moralmente buenas o malas, sino extenderse a cosas superiores o inferiores, cosas mejores o las que superan a todas. El cristiano espiritual podrá abrirse paso cuidadosamente por entre las complejidades del vivir cristiano, de modo que no solamente hace lo que sea recto y escritural sino también lo que sea provechoso y para el bien de los otros. Observe que en el pasaje precedente también entra el tiempo para la madurez o espiritualidad. Estas personas habían tenido tiempo para ejercitarse sus sentidos espirituales aunque no lo habían hecho. Pero se necesita el tiempo para alcanzar semejante estado y conseguir la habilidad para emplear con pericia la Palabra de Dios.